







LA  
SANGRE  
QUE  
HEREDAMOS

*La sangre que heredamos*

© Daniela Anselmo, 2024

Derechos mundiales exclusivos de edición en todas las lenguas

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2024

Paragones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

Dirección editorial: Marcela Luza

Coordinación editorial: Marina von der Pahlen

Edición: Mónica Ploese

Producción: Pablo Gauna

Coordinación de diseño: Marianela Acuña

Arte de tapa: Carolina Marando

Armado de interior: Isabel Barutti

ISBN 978-950-02-1561-9

1ª edición: noviembre de 2024

Impreso en Arcángel Maggio – División Libros,  
Lafayette 1695, Ciudad Autónoma de Buenos Aires,  
en noviembre de 2024.

Tirada: 4.000 ejemplares.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

Anselmo, Daniela

*La sangre que heredamos* / Daniela Anselmo. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo, 2024.

304 p. ; 22 x 16 cm.

ISBN 978-950-02-1561-9

1. Novelas de Terror. 2. Novelas de Misterio. I. Título.

CDD A863

*Esta es una obra de ficción. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, o hechos reales, es pura coincidencia. De ningún modo se proponen sugerencias y/o consejos. Grupo Ilhsa S.A., sus socios, empleados y/o directivos no se responsabilizan por los resultados de otros usos del presente libro.*

*El editor se reserva todos los derechos sobre esta obra. En consecuencia, no puede reproducirse total o parcialmente por ningún método de reproducción existente o por existir incluyendo el gráfico, electrónico y/o mecánico (como ser el fotocopiado, el registro electromagnético y/o el almacenamiento de datos, entre otros), sin el expreso consentimiento de su editor, Grupo Ilhsa S.A. (Ley n° 11.723).*



LA  
SANGRE  
QUE  
HEREDAMOS

DANIELA ANSELMO

Rosaura  
Morum

Socorro  
Morum

Cristóbal  
Morum

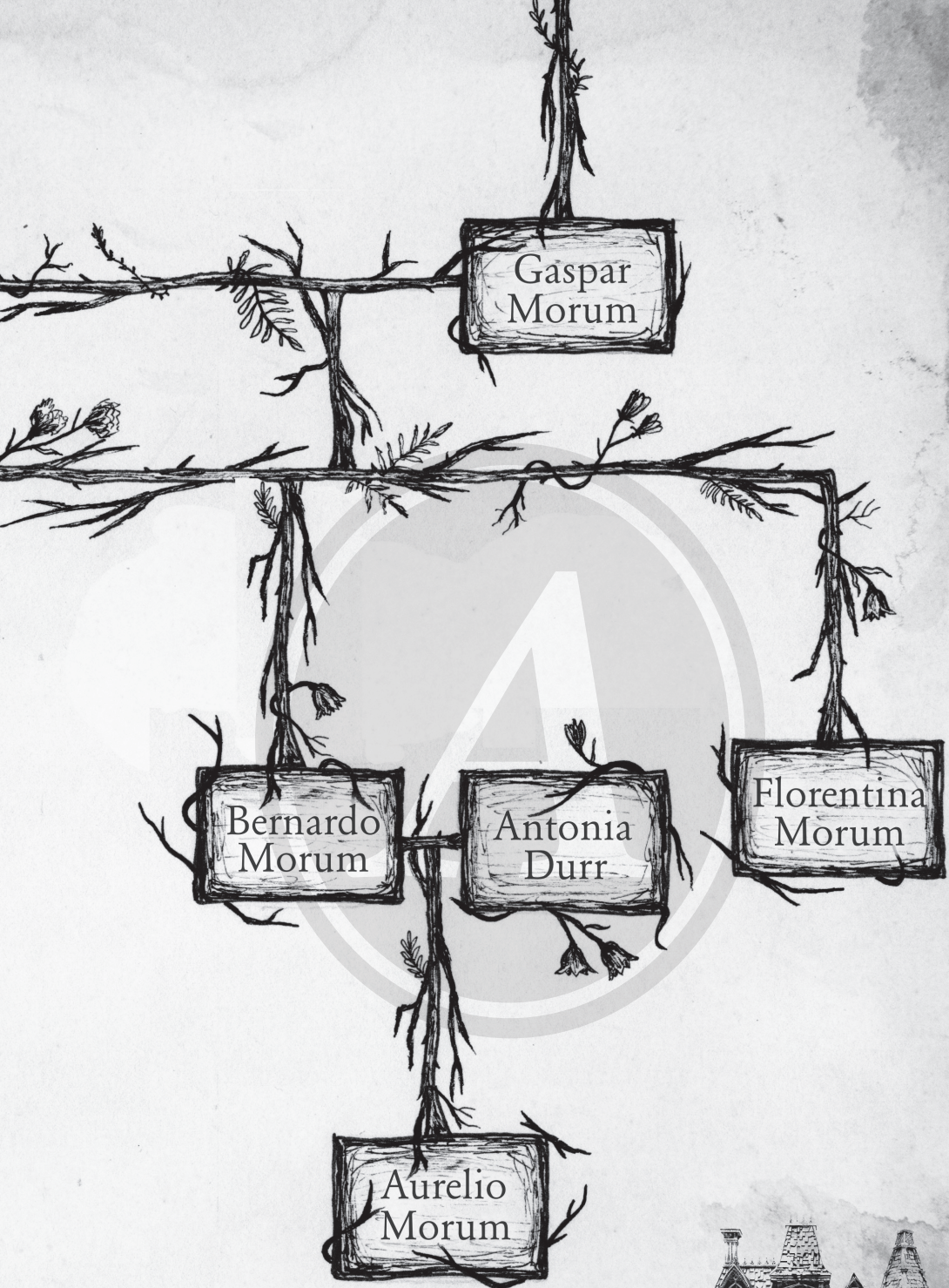
Estefanía  
Turan

Eugenio  
Russet

Leonor  
Morum


Mercedes  
Russet

Inés  
Russet



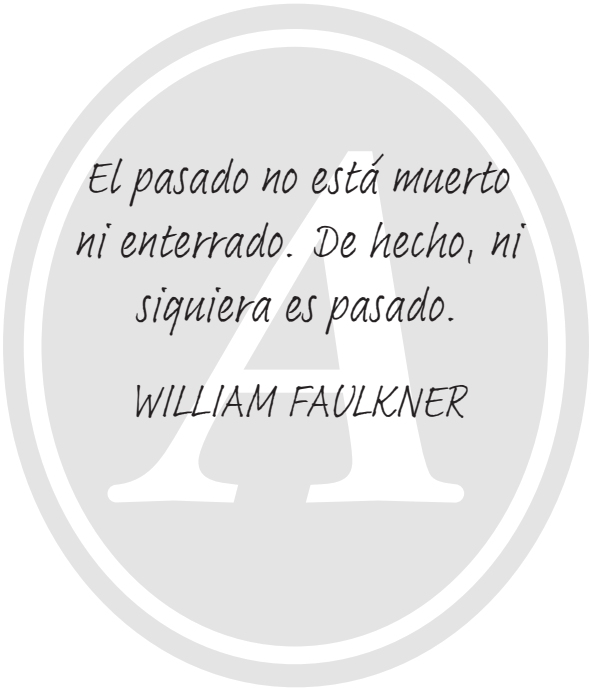






*Para mi manada,  
que me espera en casa  
(aunque la mayoría  
no sepa leer).*





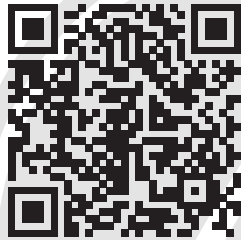
*El pasado no está muerto  
ni enterrado. De hecho, ni  
siquiera es pasado.*

WILLIAM FAULKNER





## PLAYLIST



A Room Between the Rooms

KAMMARHEIT

Abandoned House

CREEPY RAZY

Halloween Stories

DARK ACADEMIA QUINTET

Claro de luna, primer movimiento

LUDWIG VAN BEETHOVEN

Darkness

MIKKO TARMIA

Revelation

LUSTMORD

Immemorial

APOCRYPHOS, KAMMARHEIT, ATRIUM CARCERI

Ones Atop the Unknown

APOCRYPHOS, KAMMARHEIT, ATRIUM CARCERI

What the Earth Bore

APOCRYPHOS, KAMMARHEIT, ATRIUM CARCERI

Y Gair

LUSTMORD

Claro de luna

CLAUDE DEBUSSY, INTERPRETADO POR LA  
PHILADELPHIA ORCHESTRA, DIRIGIDA POR  
LEOPOLD STOKOWSKI

"Danza en el lugar", *Danzas populares rumanas*

BÉLA BARTÓK

Gnossienne no. 1

ERIK SATIE, ALENA CHERNY

The French Library

FRANZ GORDON

The Secret History

KERRY MUZZEY, ANDREW SKEET, THE CHAMBER  
ORCHESTRA OF LONDON

Forgotten

REPULSIVE

Suspense

CREEPY RAZY

It's Only a Game

ANTON SANKO

Whatever Walked There, Walked Alone

THE NEWTON BROTHERS

The Vow

ALEXANDRE DESPLAT

Surveillance Video

TIM DAVIES

Carillon Dark Hall Song

CREEPY RAZY

It is ok to be sad and dark

KEPA LEHTINEN

The Rats in the Walls

GRAHAM PLOWMAN

The Fourth Volume

TIM DAVIES







## Prólogo de la eternidad

-----

**Comencemos** con un acertijo. Si voy a contar esta historia, quisiera que al menos sepas quién soy.

Tengo diferentes formas, me dan diferentes nombres. A veces soy temida; en ocasiones, ansiada; casi siempre, respetada y, créeme, nunca, jamás, olvidada. Puedo ser silenciosa o escandalosa, dulce o brutal. Pero eso es solo porque tengo que entretenerme con algo, ¿verdad?

Soy ese trago de más que tomas antes de aventurarte entre carruajes de acero. Soy esa célula rebelde y ambiciosa que decide conquistar territorio nuevo. Soy ese pensamiento oscuro que te invade en las noches sin sueño. Soy el prólogo de la eternidad.

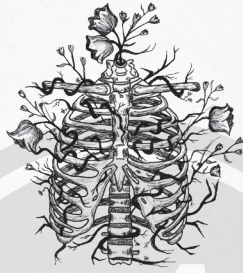
Por favor, no me maldigas ni me grites. Sé que mi belleza es difícil de apreciar. Conserva la calma, no hagas alboroto. Siempre supiste que conmigo ibas a contar. Aunque a veces prefirieras lloriquear.

Espero que cuando nos volvamos a encontrar sea tarde en la noche y todavía tengas energía para brindar. Espero que te muestres amable y cortés. Espero que no refunfuñes, que no te aferres; nada se irá, todo lo que existió por siempre existirá.

Quizás esté divagando. A esta vieja charlatana sabrás disculpar.

¿Ya tienes tu respuesta? Piénsala dos veces, no todo es tan evidente como parece. Bien. Ahora, sígueme. Vamos. Acompáñame, toma mi mano. Seré yo quien te cuente esta historia. Al final, siempre soy yo quien las ha de contar.





1

**Espectadora de lo macabro**

-----

**Algo** se asomó desde la oscuridad. Sus huesos parecían dislocarse uno a uno para caber por la pequeña grieta de la pared. La rata no se detenía a mirar, solo corría por el pasillo guiada por su olfato. Su estómago crujía. Su instinto por buscar comida era más fuerte que su miedo. La casa de la familia Morum era oscura, húmeda y espaciosa: un lugar perfecto para que criaturas como ella merodearan por los pasillos y se escabulleran por los rincones.

El susurro en el cielo inquieto anunciaba una inminente tormenta blanca.

La rata se detuvo en seco frente al pie de la escalera. No emitió ni un solo sonido a pesar de estar temblando. Eso hacen las buenas presas cuando un depredador está cerca: fingen que no existen. Petrificada, dejó que unos pies descalzos y arrugados se aproximaran a ella al bajar el último escalón.

—Ya calla, bebito, no llores más...

Rosaura Morum no sabía qué hora era, tampoco sabía exactamente dónde se encontraba. Pero ese sitio, ese recorrido nocturno, le resultaba familiar. Murmuraba una melodía infantil, cuya letra no podía recordar completa. Quizá nunca la supo. Su mente había estado un tanto perdida últimamente. Eso no era bueno para ningún Morum. Necesitaban tener la mente clara, las neuronas despejadas, porque, de otra forma, les resultaba muy sencillo hundirse y hundirse y no volver a la superficie. Y hay entes que se alimentan de mentes confundidas.

La anciana Rosaura sentía el frío del piso en las plantas de sus pies. Siempre le había agradado eso; le recordaba momentos felices, pero no sabía bien cuáles. Algo en sus pensamientos dirigió su mirada al piso. Y la vio. Arrugó todo su rostro con repulsión y la piel demacrada se le hundió más en su carne blanda.

Las ratas no piensan en la muerte. No imaginan que se reencontrarán con sus seres queridos, no fantasean con un estado de paz y tranquilidad que curará todas las heridas de su insignificante alma. Las ratas solo le temen a la muerte, tratan de evitarla a toda costa. Y ese profundo terror que sentía esta rata de trece meses de vida, pelaje blanco con una mancha marrón justo encima de la nariz y una cola unos centímetros más larga que el promedio, ese terror no era diferente del que sentiría Rosaura bajo circunstancias similares.

Pero Rosaura solo sentía asco.

Únicamente veía en esa pequeña criatura lo que sabía sobre ella: suciedad y enfermedades, caos y traición. Y, por alguna extraña razón, odio. No imaginaba que ese ser tan repugnante podía tener en común con ella una emoción tan primitiva como el miedo.

Una ráfaga violenta impactó contra la casa haciéndola vibrar. Rosaura dirigió su mirada al rastrillo de tres puntas que usaba su sobrina Florentina para las tareas del hogar. Estaba apoyado contra la esquina del pasillo de distribución. Si se estiraba todo lo que su viejo cuerpo le permitía, podría alcanzarlo. La anciana se quedó inmóvil, igual que la rata, y levantó con extrema lentitud el brazo. Lo dejó en ángulo recto respecto de su cuerpo e inclinó todo el torso hacia el costado. Apenas llegó a tocar la madera del palo del rastrillo con el dedo mayor y, haciendo fricción con la yema contra la madera, lo pudo inclinar para alcanzarlo con el resto de su mano sin quitar la vista de la rata.

Acercó el rastrillo despacio hacia ella y lo levantó por encima del animal. El movimiento tenía que ser rápido y preciso. Una flama de adrenalina la invadió. El cuerpo de la pequeña criatura se sacudía, en tanto sus bigotes se movían anticipando el peligro. La rata hizo un movimiento con la cabeza, su instinto le indicó que corriera. Pero, antes de que pudiese dar más de tres pasos, el rastrillo ya le había atravesado piel, carne y esqueleto.

Rosaura vio a la rata desde arriba con una mezcla de emociones. Tenía la piel erizada y una sensación desagradable en su columna vertebral, pero una profunda satisfacción opacaba el resto de sus percepciones. Hacía años que sus rodillas no tenían la fuerza para permitirle estar en cuclillas, por lo que levantó el rastrillo y, mientras de sus labios se seguía deslizando esa canción infantil, lo dio vuelta para observar a la rata de cerca.

Sentía arcadas y un cosquilleo que le atravesó todo el cuerpo. La escena le generaba repulsión, pero no podía apartar la vista. No podía evitar ser la espectadora de lo macabro: ver cómo la vida de esa pequeña alimaña se disolvía en el aire, dejando su cuerpo para mezclarse con las moléculas del universo.

Algo distrajo sus pensamientos.

Un sonido. Tic, tic, tic. Justo detrás de ella. Rosaura giró su cabeza con el cuello tenso. Muy por lo bajo pudo oír la melodía de la canción infantil que ella estaba canturreando, pero esta vez entonada por una voz gutural y rota.

No era la primera vez que vivía eso. ¿O sí? Su mente había estado un tanto perdida últimamente, volvió a pensar. No conseguía distinguir del todo qué había vivido y qué no había vivido. Pero una cosa sí tenía por seguro.

—Esto no es real. No es real. Solo debo esperar a que pase. Esto no es real —se murmuraba a sí misma como si fuera una plegaria.

Una figura amorfa miraba desde la esquina al otro lado del pie de la escalera. No sabía cuánto tiempo hacía que se encontraba allí. El pánico se arrastró por Rosaura, serpenteando por debajo de su piel, aprisionando sus pulmones hasta dejarla sin aire. Trató de ignorar a la figura, aunque sabía bien que no era así como funcionaba. Solo tenía que dejar que sucediera, solo tenía que dejar que siguiera su curso natural. No podía hacerle daño. No podía hacerle daño.

La mujer respiró profundo. Dejó que el oxígeno invadiera su cuerpo. No iba a confiar en su mente esta vez. No caería en la trampa. Un pensamiento se cruzó por su mente enturbiada por un instante. Un pensamiento sobre aquello que había sucedido años atrás, aquello que había fingido que no había visto y que no le había dicho a la familia incluso cuando sucedió lo peor. Incluso cuando

sucedió lo de la noche de diciembre. Pero no... No. Estaba confundida. Debía estarlo.

Se encontraba a apenas unos pasos de la escalera. Tres pasos. Tan solo tenía que encontrar el coraje para dar tres pasos ignorando todos los trucos sucios que sus cinco sentidos iban a jugarle. Tan solo tenía que alejarse de su mente.

Un paso.

Silencio. El murmullo del cielo pareció haber cesado durante un breve momento. Todos los cánticos antes entonados se acallaron. Ni un solo sonido acompañaba a Rosaura.

Dos pasos.

El estruendo del viento resonó por la casa y provocó que la anciana soltara el rastrillo que aún sostenía en su mano. La rata atravesada cayó disparando sangre al impactar contra el suelo. Los primeros copos de nieve comenzaron a desprenderse del cielo.

Tres p...

La figura se encontró frente a ella. Un olor nauseabundo saturó sus orificios nasales. Rosaura cerró los ojos y los apretó con fuerza. No era real. Manos húmedas. No era real. Uñas. No era real. Piel desgarrada. No era real. Dientes. Tajo. Sangre. No era real. No era real. No era real.

Un grito sofocado se escapó de los labios secos de la anciana.

Rosaura cayó al suelo con un golpe sordo que hizo que su cabeza retumbara. Su cuerpo se hallaba cubierto de heridas que permitían que la sangre se escabullera de sus adentros. El hilo carmesí se ensanchaba cada vez más y más, avanzando entre las vetas de la madera, hasta que, justo en una ranura, la sangre de Rosaura Morum se mezcló con la sangre de la rata sin nombre.